

Oficio y Beneficio

Manuel Sotomayor, S. I.

UNO no acaba de comprender por qué. Pero parece bastante claro el hecho. Y el hecho es que el efecto total de nuestro esfuerzo común como nación no corresponde al número y a la calidad de nuestras virtudes.

Hay muchas naciones con mejor nivel de vida que el nuestro. Y no sólo las más ricas. Ni sólo las mejor dotadas en clima, en bondad de la tierra, en tiempos de paz. Y, sobre todo —dicho sea con modestia y con temor de equivocarnos—, no sólo las que cuentan con un elemento humano más inteligente, más serio, más enérgico que el de nuestra Patria.

Claro es que en problemas tan complejos influyen siempre innumerables factores. Sería demasiado simplismo querer explicar esa diferencia de eficacia social por una sola causa. Precisamente por esa complejidad, se puede seguir sin explicarse nuestro mal, aunque hayamos puesto el dedo en una de las llagas. Pero algo es algo. Y creo que vale la pena ir meditando con paz y amor, para ver si poco a poco vamos dando con todas esas causas. Las que esté en nuestras manos remediar, que las otras han de servir para ejercitar nuestra paciencia y nuestra humildad y nuestro amor y patriotismo verdadero.

Y antes de entrar en materia reflexionemos un instante para guardarnos de generalizar más allá de lo que pide la



verdad y la justicia. Hay que hablar en plural. Pero en un plural que puede estar tan lejos de lo universal y de lo total como del singular mismo. Por otra parte, el defecto que vamos a considerar basta que exista en algunos para que toda la nación sienta el daño.

Digámoslo pronto: existe entre nosotros el tipo del profesional que tiene un concepto de su profesión anticuado.

NOTAS PARA EL DIALOGO

Un concepto —fué moda del feudalismo medieval— en el que predomina la categoría del beneficio sobre la del oficio.

No se trata del profesional incumplidor que llega a su oficina con dos horas de retraso o simplemente no llega. Ni del otro que no conoce su profesión ni sus obligaciones de cada día. Ni del remiso que deja dormir asuntos y papeles por pura dejadez y negligencia. Eso es un grado demasiado ínfimo de ineficacia para que se requiera llamada de alarma y reflexión. Ese estado lo considero ahora superado o, mejor, prescindo de su existencia.

Me refiero al ingeniero fiel y trabajador que cada día acude puntual a la oficina de su fábrica o de su mina o de su obra y despacha diligentemente los asuntos. O al militar de carrera que con su hoja de servicio inmaculada vive atado en el cuartel o en el parque o en la Academia, sacrificando su libertad y sus días a la seguridad de España. O al profesor de Instituto o al catedrático de Universidad que prepara sus clases y las da debidamente y con un mínimo esencial de pedagogía. Y al abogado del Estado y al Inspector y al sacerdote también o al religioso que cumple con su deber que podríamos llamar oficial, sin descuidar las prácticas cotidianas de su tradicional ocupación. Cumplen todos con su deber. Y porque cumplen —en esa hipótesis nos mantenemos— son dignos de alabanza y de respeto. Y porque lo cumplen como no lo cumplen otros, merecen además nuestra felicitación.

El mal está en que quizá con alguna frecuencia sólo se llegue a eso. Se cumple y se satisface al alma, y se gana honestamente —y aun con sudor— el pan de cada día. De eso no hay duda. Pero la sociedad ni avanza al ritmo debido, ni puede avanzar. ¿Quién la va hacer que avance?

De un abogado, de un profesor, de un apóstol, de un ingeniero, la sociedad espera algo más que el cumplimiento de esos deberes que hemos lla-

mado oficiales. Por su preparación, los ingenieros, por ejemplo, son los únicos que pueden estar al tanto de los últimos progresos de la ingeniería mundial. Los únicos que pueden ahondar —cada uno en su puesto y a base de muchas horas de estudio— en las soluciones posibles de nuestros problemas (o de los problemas más pequeños de su directa competencia) de comunicaciones, de construcción, de fabricación, de producción de energía, de lucha contra la naturaleza adversa. Los profesores y catedráticos, son los que pueden hacer subir el nivel cultural de la nación. Los que pueden poner en marcha con sus investigaciones esa reacción en cadena que es la ciencia de hoy. Y lo mismo se diga en lo religioso. Aquí, como en todo, lo que no va hay que hacer que vaya. O mejor, que empiece a ir primero y después que siga yendo. No importa que sea culpa mía o tuya o de ellos. Lo que importa es que el pueblo viva de hecho su religión. Que la vida social rezume cristianismo en los de abajo y en los de arriba y en los de enmedio. Aquí, como en todo, no basta hacer “nuestro trabajo” y después, paciencia. Hay que conseguir, hay que lograr. De lo contrario, quietos estamos, aunque nos ganemos honestamente la vida.

La profesión es una vocación social. Lo primero es eso: la profesión misma. El oficio. Y para ella, el beneficio, el salario, la posición social.

Lo triste sería que el concepto anticuado de que hablamos —el oficio para el beneficio— fuese tan habitual, que en la familia flotase en el ambiente. Y cuando llegue la hora al hijo de elegir carrera, su única mira —como la de su padre— sea únicamente asegurarse el pan y la posición social. Y en las mejores condiciones: máximo beneficio con el mínimo esfuerzo. Entonces pocas esperanzas nos quedarían de adelanto y progreso. Entonces estaríamos condenados sin remisión al estancamiento. A consumir las rentas o a lo más a administrarlas para que no se acaben demasiado pronto.